

PIERRE MARTIN

# Una comisaria en la Provenza

El caso del inglés  
desaparecido



ESPASA

PIERRE MARTIN

UNA COMISARIA EN LA PROVENZA

El caso del inglés desaparecido

Traducción de María José Díez Pérez

  
ESPASA

Título original: *Madame le Commissaire und der verschwundene Engländer*

© Knaur, 2014

An imprint of Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Munich

Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-670-7375-1

Depósito legal: B. 6.070-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# 1

Cerró los ojos... y segundos después se dio cuenta de que había sido un error. Se le aceleró la respiración, de repente sintió que el corazón le latía con fuerza, empezó a notar palpitaciones en las sienes... Creyó oír pasos raudos, vio adoquines mojados por la lluvia, un Citroën negro, la sombra del Arco de Triunfo, percibió sirenas de policía a lo lejos... Después, una explosión de un blanco deslumbrante le sacudió los párpados, la onda expansiva se le fue propagando por la cabeza: al momento todo había terminado. Ahora todo era negrura y silencio, un silencio sepulcral. Su respiración se tranquilizó. Se masajeó las sienes con movimientos circulares. A continuación abrió los ojos...

Isabelle Bonnet estaba sentada junto a una carretera poco transitada, en una piedra grande y plana. Se secó el sudor de la frente e intentó pensar en otra cosa. ¿De verdad olía a lavanda o eran imaginaciones suyas? En cualquier caso, el canto de las cigarras sí era real. Su mirada recorrió el vasto paisaje, las colinas que se perdían en la

luz titilante. A lo lejos se intuía el mar azul celeste. Le recordó a una acuarela de Paul Cézanne, quien supo captar como nadie los incomparables colores del paisaje de la Provenza, en especial esos deslumbrantes tonos ocres, el azul de los campos de lavanda en flor y ese singular velo argénteo que todo lo envolvía. Sobre el sofá de su vivienda parisina colgaba una reproducción de esa acuarela. Le despertaba recuerdos de su infancia que estaban casi enterrados, pero que deseaba mantener con vida.

Y ahora estaba allí sentada, no ante el cuadro de Cézanne, sino en el mundo real, a la sombra de un alcornoque, en una piedra que le resultaba familiar, como si ya se hubiese sentado en ella de pequeña, con los brazos cruzados sobre las piernas recogidas, descalza y con trenzas rubias. ¿Cuánto hacía de eso? Una eternidad... y algunos años más.

Isabelle Bonnet se pasó las manos por el pelo, que ya no era rubio, pero tampoco gris aún. Con un movimiento rápido se echó un rizo grande por la mitad izquierda de su rostro. Ese gesto se había convertido en una costumbre incluso cuando estaba sola, como ahora. El cabello le ocultaba una cicatriz que le atravesaba la cara desde la frente hasta el pómulo, rozándole el ojo.

Levantó la mirada hacia una cadena de colinas poblada de árboles, en la que entrevió las ruinas de un monasterio. Había estado allí de pequeña con su padre, que le había contado la larga historia de la *chartreuse*, de los monjes que llevaban una vida de retiro en él y rezaban por la humanidad, de san Bruno y de saqueos, pillajes y decadencia. Se propuso visitar el monasterio uno de esos días, no en coche, sino a pie por un camino que dis-

curría por el bosque. Como en aquel entonces, con su padre, cuando él aún vivía y el mundo todavía estaba en orden.

Isabelle Bonnet pensó que lo haría todo sin prisas; al fin y al cabo tenía tiempo, más del que había tenido en su vida. Iría al mar y buscaría la playita de los pinos piñoneros en la que aprendió a nadar. Quería coger el transbordador para ir a la isla de Porquerolles, alquilar una bicicleta e ir a la playa de Notre Dame. En ella hizo una vez un pícnic con sus padres y practicó el pino en el agua. Recordó que Georges Simenon pasó algunos años en Porquerolles e incluso puso a investigar en la isla a su comisario Maigret. De Simenon era la cita de que la isla era «un paraíso en la tierra». Isabelle Bonnet respiró hondo. Ella no creía en el paraíso ni en el más allá, y menos aún en el más acá; creía más en el infierno.

Hizo un esfuerzo, se levantó y fue hacia su coche. Sintió dolor al dar los primeros pasos; la pierna izquierda no terminaba de hacer lo que debía, pero después mejoró. Al subirse al coche le dolió la espalda. Aun así, se mostró satisfecha. Se había sentido bastante peor, iba progresando. Y había una ventaja en el hecho de que de todas las partes posibles e imposibles de su cuerpo llegaran señales de dolor. Ahora no pudo evitar incluso sonreír. De ese modo, al menos sabía que seguía teniendo todo. Ciertamente, persistía una suerte de dolor fantasma, pero no quería pensar en ello.

Arrancó y acometió los últimos kilómetros. Pronto llegaría al destino de su viaje, Fragolin, la pequeña localidad del departamento francés meridional de Var donde Isabelle había pasado su infancia y a la que no había vuelto desde entonces, salvo en sus recuerdos.

## 2

Los vecinos de Fragolin estaban orgullosos de vivir en el *arrière-pays*, en el interior de la Costa Azul, en el Massif des Maures, en medio de bosques de alcornoques y castaños. Aunque no se hallaba lejos de la costa, estaba a años luz del bullicio que rodeaba Saint-Tropez, Cavalaire o Le Lavandou. Entre los habitantes de mayor edad había algunos que solo habían ido al mar una o dos veces en su vida. El viejo Georges, al que apenas le quedaban dientes en la boca, pero que de buena mañana ya se tomaba su primer pastís y gustaba de contar batallitas, afirmaba incluso que solo había visto el mar de lejos, como una franja azul. Para acompañar la frase solía escupir con desdén al suelo. Solo los idiotas con aires de grandeza andaban por allí abajo, donde se pillaban enfermedades contagiosas y pitaban los oídos. Era algo que todo el mundo sabía. Había que aprobar una ley que castigara visitar las localidades costeras con el fin de preservar la salud. Al mismo tiempo, Fragolin debía cerrarse a los turistas, que contaminaban el aire con sus coches y que iban por las calles en cualquier dirección, a tontas y a locas. Georges acostumbraba a pedir entonces

un segundo pastís. Acto seguido se encendía un Gitanes sin filtro que lo hacía toser, y se ponía a hablar de la guerra.

Como es natural, en Fragolin nadie iba tan lejos como el viejo Georges. En principio, nadie tenía nada en contra de que llegaran visitantes de la costa para gastar su dinero. Clodine, por ejemplo, vivía exclusivamente de los turistas con su tienda Aux Saveurs de Provence. A ningún vecino se le ocurriría nunca comprarle a ella un jabón. Ni siquiera los *coeurs*, los corazones, que olían a lavanda y limón. El hotel Auberge des Maures gozaba de popularidad entre quienes amaban la naturaleza y hacían largas caminatas por los alrededores. También estaba el restaurante La Terrasse Provençale, recomendado incluso por la Guía Michelin. Y la tienda de artículos de corcho, ante la que Alain, sentado en una butaca vieja, esperaba a los turistas interesados por los recipientes que él mismo fabricaba. En Fragolin también se habían asentado forasteros: algunos artistas, un inconformista matrimonio de Suecia, un puñado de ingleses, o parisinos que tenían allí una segunda residencia a la que rara vez acudían. No obstante, jugando a la petanca por la tarde delante del *hôtel de ville*, el ayuntamiento, solo estaban los lugareños. Imperaba la norma no escrita de que solo podían jugar quienes habían nacido allí. Aunque Fragolin iba con los tiempos, algunos relojes parecían ir más despacio en el pueblo, unos cuantos incluso se habían detenido en algún momento de hacía muchos años. El municipio había conservado gran parte de su carácter original, tal vez porque las dos carreteras que llevaban hasta allí eran tan estrechas como sinuosas, y no se encontraba tan cerca para los turistas como Rama-

tuelle, Grimaud o La Garde-Freinet, por ejemplo. El viejo Georges se santiguó. «*Dieu m'en garde!*» ¡Dios no lo quiera!

Isabelle Bonnet se acercaba a Fragolin por una carretera bordeada de plátanos por ambos lados. Cruzó un arroyo y se detuvo un instante en el pequeño puente. Intentó recordar la imagen con el viejo molino, pero no fue capaz. Giró a la derecha, pasó por delante de la tienda de artículos de corcho de Alain, que cuando ella era pequeña sin duda no existía aún, y vio una señal que indicaba la dirección del Auberge des Maures, donde había reservado una habitación. A partir de ahí no llegó muy lejos. Delante había algunos vehículos parados, lo cual resultaba sorprendente, ya que no eran muchos los que se dirigían al pueblo. Descubrió entonces que el motivo del retraso era un policía uniformado de la gendarmería de la localidad. El buen hombre había bloqueado la carretera para un control de documentación. Isabelle sonrió. Quizá el hombre se aburría. Y quizá fuese asimismo una forma de diversión, aunque el placer solo fuera suyo. Acarició la idea de adelantar a los coches subiéndose a la acera y pasarle por las narices uno de sus carnets, el mejor directamente, el del palacio del Elíseo, que estaba firmado por el presidente de la República francesa y le otorgaba todos los privilegios, pero se lo pensó mejor. ¿Por qué iba a hacer algo así? Tenía tiempo y el firme propósito de recuperarse. De manera que esperó con paciencia hasta que le tocó su turno. El gendarme le hizo un saludo militar y le pidió el carnet y el permiso de conducir. El hombre tenía más o menos su misma edad. Isa-

belle pensó que, en teoría, era posible que hubiesen jugado juntos de pequeños.

—¿Es usted de la prensa? —le preguntó el gendarme con una voz inusitadamente cortante.

Isabelle enarcó la ceja derecha con aire inquisitivo.

—¿De la prensa? ¿Eso parezco? Y ¿qué importancia tiene?

El hombre la miró con atención.

—Responda a mi pregunta. ¿Es usted de la prensa?

—No, no soy de la prensa —contestó ella—. He venido a recuperarme y tengo una habitación reservada en el hotel de ahí delante.

—A recuperarse, ya. No la perderé de vista.

—¿Podría aclararme por qué? ¿Ha sucedido algo?

—Sin comentarios. Pero, si es usted de la prensa, va a tener problemas, y seré yo quien se los dé. —Le indicó que podía continuar—. *Bonne journée*.

Isabelle había imaginado una bienvenida más cordial en el pueblo que la había visto nacer. Poco después entraba en el aparcamiento de gravilla del hotel.

Como en la recepción no había nadie, Isabelle tocó la campana que descansaba en el mostrador. Al cabo de un momento, una recepcionista gorda acudió arrastrando los pies. Al menos sonreía con amabilidad y no tenía una mirada tan sombría como la del gendarme. Mientras Isabelle rellenaba el formulario con sus datos y hacía constar como profesión «funcionaria» y «vacaciones» como razón de la estancia, la recepcionista comentó que el pronóstico del tiempo era bueno, que el desayuno era de ocho a diez, que estaba prohibido fumar en la habitación, y que le dolían las rodillas por lo mucho que trabajaba. Como además ese día el mozo libraba, la se-

ñora tendría que llevar ella misma su equipaje a la habitación.

Isabelle contestó que no pasaba nada, no tenía gran cosa. Después preguntó si existía algún motivo para el control policial que acababa de pasar. Si había ocurrido algo.

La recepcionista señaló la portada de *Var-Matin*, el periódico regional, que estaba en el mostrador.

—He ahí el motivo. Andan todos desquiciados, y eso que a nosotros nos da igual. Ninguno de los dos era de aquí.

Isabelle leyó el titular: «Fragolin: ninguna pista sólida en el caso de asesinato». Y debajo añadía: «Hay sospechas fundadas de que el autor es un inglés que ha desaparecido. ¿Quién es la mujer asesinada?». Preguntó si podía llevarse el periódico.

La recepcionista asintió.

—Ninguno era de aquí —insistió—. Así que... ¿a qué viene tanto revuelo? Que se maten entre ellos si es lo que quieren, esos *étrangers*. ¿A quién le importa? Lo único es que perjudica al negocio...

Isabelle esbozó una sonrisa. A continuación se metió el periódico bajo el brazo, cogió su bolsa de viaje y se dirigió a su habitación. Una vez allí lo dejó todo en la cama, abrió las contraventanas azules y contempló la pequeña plaza con la iglesia. Así que había llegado allí, a su pasado, del que ya apenas recordaba nada. En Fragolin quería volver a encontrarse consigo misma, quería sanar cuerpo y alma, y averiguar qué iba a hacer con su vida a partir de entonces.

Después de asearse, Isabelle tomó dos analgésicos y salió a dar un paseo. Lo primero que hizo fue ir a la iglesia y al pequeño cementerio que había detrás. Tardó un poco en encontrar la lápida. Le produjo una sensación extraña leer en ella su propio apellido: «Bonnet». Y debajo, el nombre de pila de sus padres. La fecha de defunción era la misma. Sus padres habían perdido la vida en un accidente de tráfico. Isabelle unió las manos. Por aquel entonces, ella aún era la niña pequeña con trenzas. Iba en el asiento de atrás y fue un milagro que sobreviviera. Con frecuencia los niños tienen un ángel de la guarda; sus padres no lo tuvieron. Se quedó mirando la lápida. ¿Quién se ocupaba de cuidarla? ¿Por qué no había traído unas flores? «*Mon papa, maman...*, la próxima vez volveré todos los días mientras esté aquí.»

Se despidió mandándoles un beso, encendió dos velas en la iglesia y después echó a andar por las sinuosas callejuelas. Se detuvo sonriente delante de un pequeño poste de madera del que salía una gran cantidad de flechas indicadoras: CENTRO DE LA CIUDAD, CASCO ANTIGUO, IGLESIA, BIBLIOTECA, PANADERÍA-PASTELERÍA, CARNICERÍA, ESCUELAS... Y eso que todos los sitios se hallaban a escasa distancia los unos de los otros. El que más le gustó fue uno en el que ponía TODAS DIRECCIONES. La flecha apuntaba hacia arriba, al cielo. Isabelle dejó atrás dos casas tan cubiertas de follaje que casi no se podían abrir las ventanas. Una placa conmemorativa junto a un pozo recordaba a la RÉSISTANCE ET BRIGADE DES MAURES y a los partisanos a los que fusilaron los nazis en mayo de 1944. En una pizarra colocada delante de un pequeño bistró de nombre Chez Jacques se ofrecía

como *plat du jour*, como plato del día, cuscús de pescado. Por último se vio delante de una bonita tienda revestida de madera azul claro. AUX SAVEURS DE PROVENCE, ponía en letras doradas con arabescos sobre la puerta. Delante había algunas cestas con distintos jabones y pequeñas etiquetas negras. A Isabelle le gustaron especialmente los que tenían forma de corazón en colores pastel: *verveine*, *vigne rouge* o *lavande broyée*. Cuando, picada por la curiosidad, se disponía a mirar por la ventana del establecimiento, vio accidentalmente la pegatina con los horarios de apertura y el nombre de la propietaria: Clodine Cassien. Isabelle sintió que el corazón empezaba a latirle con fuerza de repente. ¿Clodine Cassien? Casi no recordaba ningún nombre de su infancia, pero ese sí. Con ella había seguido intercambiándose cartas y enviándose postales durante años, hasta que su amistad acabó entibiándose. Clodine Cassien. ¿Por qué conservaba su apellido de soltera? Qué pregunta más tonta, ella también lo conservaba, porque su carrera siempre había sido tan importante que había olvidado por completo casarse. Pero ese era otro tema en el que no quería pensar. Entró sin vacilar en la tienda, que estaba colmada de exquisiteces y recuerdos provenzales, y en la que olía igual que esos saquitos rellenos de lavanda, tomillo y romero. Una mujer de cabello oscuro que podía tener su edad estaba colocando botellas de aceite de oliva en el estante en ese momento.

—¿Clodine? —preguntó Isabelle con cautela—. ¿Eres tú? —La mujer se dio la vuelta y la miró inquisitiva—. Soy yo, Isabelle, Isabelle Bonnet. ¿Te acuerdas? Ha pasado mucho tiempo...

Segundos después se estaban abrazando. Isabelle,

que se consideraba una mujer dura y despreciaba el sentimentalismo, constató que tenía lágrimas en los ojos. Puesto que escasos minutos después Clodine iba a cerrar la tienda para ir a comer, quedaron en el bistró cuyo plato del día era el cuscús.

Isabelle se adelantó, vio una mesa libre y se sentó. ¡Conque el pasado le había dado alcance! Estaba nerviosa y se sentía feliz. En la mesa de al lado estaba la misma edición del diario *Var-Matin* que descansaba en su cama del Auberge. Aquella cuya primera plana se hacía eco del asesinato, el inglés desaparecido y la desconocida a la que habían encontrado muerta. Aunque en realidad sus pensamientos los ocupaban Clodine y su infancia, Isabelle cogió maquinalmente el periódico y leyó el artículo por encima. Los hechos eran más bien escasos: hacía dos días, una asistenta había descubierto en una villa a las afueras de Fragolin a una joven muerta, medio desnuda y con balas en el cuerpo, una de las cuales le había destrozado el rostro. La villa era propiedad de un inglés soltero que vivía allí desde hacía no mucho y del que no se sabía gran cosa. El hombre había desaparecido. La gendarmería lo estaba buscando. Lo consideraba el mayor sospechoso de haber matado a tiros a la joven, que presuntamente era su amante. No habían encontrado ninguna documentación de la mujer, tan solo tenían un bolso de mano con una llave, una barra de labios y condones. Su rostro estaba tan desfigurado que no se podía reconstruir su imagen. Isabelle dobló el periódico y lo devolvió a su sitio. El caso la dejó fría; ella había vivido cosas mucho peores, esto parecía una suerte de

cumpleaños infantil en comparación. Sin embargo, debía admitir que le sorprendía. No se esperaba que pudiera suceder algo así en el tranquilo Fragolin. Claro que... ¿por qué no iba a haber allí delitos? Los había en todas partes donde vivían personas. Si alguien lo sabía era ella.

Con Clodine, el tiempo pasó volando. Brindaron con sendas copas de rosado por el reencuentro. Isabelle se enteró de que Clodine no tenía hijos, estaba divorciada y había recuperado su apellido de soltera, que el dinero que había recibido de su marido lo había invertido en la tiendecita, un sueño que abrigaba desde hacía tiempo. La tienda no iba demasiado bien, contó, Fragolin estaba en el quinto pino, pero en temporada alta llegaban bastantes turistas. Con lo que vendía entonces conseguía pasar a duras penas los meses malos. Le habló de su hermano, Pascal, que era el propietario de la carnicería del pueblo. Isabelle recordó la flecha que indicaba dónde estaba la *boucherie*. Pascal estaba felizmente casado y era muy querido en el pueblo.

Su conversación se vio interrumpida por un hombre alto y delgado, con canas en las sienes, que se acercó a su mesa para saludar a Clodine. Le dio tres besos a ella y la mano a Isabelle, y contó un chiste en dialecto provenzal que esta no entendió, si bien se sumó a las risas de Clodine. Acto seguido el hombre se fue.

—Thierry, nuestro alcalde y notario —informó Clodine—. Lo conozco desde hace tiempo, también está divorciado. Es encantador, pero, por desgracia, no quiere saber nada de mí.

Ahora le llegó a Isabelle el turno de hablar sobre sí misma, cosa que no le gustaba hacer. En lo tocante al ámbito personal, por lo general se cerraba como una ostra. Pero con Clodine no podía escurrir el bulto. Contó que, tras la muerte de sus padres, se fue a vivir con su abuela a Lyon; de eso se acordaba su amiga, porque por aquel entonces todavía se escribían cartas con regularidad. Cuando terminó el instituto se instaló en París, donde fue a la universidad y acabó trabajando en la administración pública. No, no se había casado y tampoco tenía hijos; había tenido algunos amoríos, pero en la actualidad estaba sola. Aun así, eso no le suponía ningún problema; al contrario, le gustaba estar sola, no le apetecía tener que amoldarse a un hombre. Además, siempre había tenido mucho que hacer. Cuando Clodine le preguntó por su salud, contestó que se encontraba bien.

—*Pas de problème, tout va bien!*

—De pequeña ya se te daba fatal mentir —apuntó Clodine—. No te encuentras bien, se ve a la legua.

—Que sí, que sí, que no me pasa nada.

—Y ¿qué hay de la pierna? En la tienda me he dado cuenta de que te cuesta andar. La cicatriz de la sien no se puede ocultar, parece bastante reciente. Y al brindar te temblaba la mano. ¿Has sufrido algún accidente? Sabes que a mí me lo puedes contar.

Isabelle vaciló.

—Sí, un pequeño accidente —admitió—, hace noventa y siete días y seis horas. Pero ya estoy en forma otra vez. —Esbozó una sonrisilla—. Bueno, casi.

Clodine le agarró la mano.

—¿Qué pasó?

—No quiero hablar de ello.

—Si no lo haces, no mejorarás.

Isabelle apuró su copa de vino y le hizo una señal al camarero para que le sirviera otra.

—Es que hoy no tengo que trabajar —añadió a modo de disculpa— ni que coger más el coche.

—Pues dime, ¿qué pasó?

—Tuvo..., tuvo algo que ver con mi..., con mi trabajo... —balbució Isabelle.

—Venga, cuenta: ¿qué haces exactamente en la administración?

Isabelle echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie las oía.

—Hace noventa y siete días y seis horas estalló una bomba en París, cerca del Arco de Triunfo... —No pudo seguir hablando.

Clodine la miró con cara de susto.

—¿Te refieres al atentado contra el presidente, con todos esos muertos...? ¿Estabas ahí?

Isabelle tragó saliva.

—Estaba ahí, sí. —Intentó sonreír de nuevo. Se señaló la cicatriz—. Tal como ves, demasiado cerca.

Clodine se acercó más a la silla de su amiga y la abrazó.

—Es una suerte que sigas con vida.

Isabelle se echó el rizo sobre la sien.

—Yo también empiezo a pensar que tengo que alegrarme de seguir viva. Al principio estaba tan hecha mierda que solo quería morirme.

—No lo entiendo —dijo Clodine después de una pausa—. Había grupos de operaciones especiales, lo acordonaron todo, se puso a salvo al presidente. Creía que no había resultado herido o muerto ningún civil,

solo integrantes de una unidad antiterrorista secreta...

Isabelle asintió.

—Es cierto, sí.

—Entonces ¿por qué tú? —quiso saber Clodine.

Isabelle bebió un sorbo de rosado.

—¿Por qué yo? Porque dirigía la unidad antiterrorista, por eso.

Clodine la miró sin dar crédito.

—¿Estabas al mando de la unidad? ¿Le salvaste la vida al presidente?

—Es posible que le salvara la vida al presidente, pero perdí a muchos de mis muchachos. La cagué.

—¡Eres una heroína!

—No, la pifié a base de bien. La primera mujer que ocupa este cargo la pifió.

—Bobadas. Te merecías una condecoración.

—*Grand-croix de la Légion d'Honneur* —susurró Isabelle.

—¿La Gran Cruz de la Legión de Honor? Exacto, esa es la condecoración que te merecías.

—Pues eso mismo pensó el presidente —repuso Isabelle—. Me la concedió la semana pasada.

—¡Qué fuerte!

Isabelle miró hacia arriba, turbada, y se pasó las manos temblorosas por el rostro.

—No sé qué me pasa. No tendría que habértelo contado. Las pastillas, el vino...

—No te preocupes, no se lo diré a nadie, no tengas miedo. Soy discreta.

Isabelle cerró los ojos con fuerza.

—¿Discreta? ¿Lo eres? Lo cierto es que no te conozco, entre aquellos años y hoy ha pasado toda una vida.

—Soy una tumba —aseguró Clodine.

Isabelle se relajó.

—Eso espero, por ti —replicó con una sonrisa—. Porque, de lo contrario, no tendré más remedio que pegarte un tiro.